



ROBERTO CARBALLO

## Españoles codificados

SENTIRSE español es una condición de riesgo en ciertas zonas de la periferia. Si caminas por la calle con símbolos que representan a España tal vez te toque el premio gordo y te lleves para casa una colosal andanada de obleas pegadas al cuerpo. En cambio, cualquiera puede ver durante el verano a vascos que pasean imágenes nacionalistas por nuestros entrañables pueblos sin el menor riesgo, como no puede ser de otro modo. Son distintas varas de medir el sentimiento. La otra noche hablé por teléfono con una amiga

santurtzitarra de apellido 'euskaldún'. Es votante peneuvista, y se siente vasca y española por igual. Vio el partido de la selección de fútbol junto a su familia y juntos corearon los goles del equipo con cierta anormalidad. Me contó que hizo lo mismo con los otros enfrentamientos de nuestros futbolistas. Según ella, la gente en Euskadi ve estos partidos con el volumen del televisor a medio gas, no vaya a ser que el vecino se entere de la sintonía. Lo peor siempre es la celebración del gol, porque tienen que moderar el arrebato como si lo hicieran du-

rante un exitoso lance de alcoba. Algunos aventureros se atrevieron a lanzar cohetes en las avenidas de forma furtiva, huyendo del lugar y de la ración latente de pan ácimo. A la mañana siguiente comentaban el partido con gente de confianza, aunque no tomando un zurrito en un bar, por miedo a la antena inquisidora de algún descerebrado. La situación rezumaba tintes similares a los padecidos por los criptojudíos tras el decreto de expulsión de los Reyes Católicos. En aquellos días amargos, los judíos que permanecieron en Sefarad se convirtieron al

catolicismo sin abrazarlo, mientras conservaban sus costumbres hebreas al abrigo de la intimidad. Estas dos situaciones perversas convergen en el vórtice del odio del mismo modo que la estupidez y la irresponsabilidad. A lo largo de esta semana se ha expuesto a la gente de nuestro país a los urkullus o puigercoses declarando su amor por las selecciones rusa o turca. Estos benefactores de la humanidad periférica mantienen un discurso coherente con sus ideas y fieles a sí mismos. Muchos les han criticado por profetizar supuestos insultos a los bien nacidos, pero quizá habría que buscar el atolondramiento en quienes les formulaban la cuestión en una rueda de prensa, porque de forma aviesa ya sabían la respuesta y el titular subsiguiente. Mientras, Ibarretxe jugaba

«La gente en Euskadi ve estos partidos con el volumen del televisor a medio gas»

ayer un partido peculiar consigo mismo y que pasará a la historia del balompié. Salió al campo con su selección e incorporó en la defensa a alguien de otro equipo, pero que rema en la misma dirección en la que se encuentra el graderío, aunque no el gol. Ya lo dijo Gary Lineker: «El fútbol es un deporte que inventaron los ingleses. Juegan once contra once y siempre gana Alemania». Confíemos en que esta sentencia sufra un revolcón y que sea el juego de España el que termine prevaleciendo.



FERNANDO COLINA

CRÓNICA DEL MANICOMIO

## Correspondencia

SOSTIENE Pedro Salinas en su ensayo 'Defensa de la carta misiva y la correspondencia epistolar', que «la carta es, por lo menos, tan valioso invento como la rueda en el curso de la humanidad». Esta célebre suposición me da pie para contraponer dos cartas que definen los cambios subjetivos acaecidos a lo largo del siglo XX y los que se anuncian para el presente. La primera es una carta de un hijo a su padre, y la segunda una reflexión, una suerte de carta interior, que en este caso va dirigida del padre al hijo. La primera es de Kafka y se remonta a 1919. La segunda, escrita en 2001, figura en 'El animal moribundo' de Philip Roth.

La 'Carta al padre' de Kafka se inicia con esta frase reveladora: «Querido padre: no hace mucho me preguntaste por qué te tengo miedo». Basta este comienzo para resumir lo que está en juego: un hijo sometido al reproche, a la culpa, al odio contra el progenitor. Un hijo que defiende su inocencia pero que, asustado por su rencor, no se atreve a negar la inocencia del padre. Un vástago de la sociedad autoritaria y patriarcal, que finalmente se arriesga a cantarles las cuarenta: «Desde tu butaca gobernabas el mundo. Tu opinión era justa; cualquier otra era disparatada, extravagante, absurda».

La carta de Kafka refleja tres hechos singulares de su tiempo: un paisaje desolado por luchas estúpidas pero destructivas; una filosofía que busca el Ser y sólo lo encuentra en forma de retroceso y fuga continua; un psicoanálisis que hace del progenitor la clave de bóveda de toda la arquitectura psíquica. A

ese padre inicuo y aniquilador, lejano pero que ocupa el centro de su psicología, se dirige Kafka lleno de rebelión impotente y de rabia contenida. La carta de Kafka es la misiva que dirige a su verdugo una víctima impotente.

El alegato del personaje de Roth, en cambio, piensa las cosas de forma muy distinta. El padre rothiano ha hecho suyos los méritos que Kafka anhela encontrar en el suyo: «Podría ser un hijo libre, agradecido, inocente, sincero, y tú podrías ser un padre tolerante, nada tiránico, comprensivo, satisfecho». Ese padre superior ya existe en la literatura y se ha encarnado en la novela de Roth. Pero lo que encuentra ante sí es decepcionante: «Tengo un hijo de cuarenta y dos años ridículo». Este es el hijo de Roth: un hijo estúpido que «ha renunciado voluntariamente a su libertad» y que no ha conseguido desembarazarse del «eterno problema del apego». Tales son las consecuencias aparentes de la libertad permisiva que ha seguido a las rebeliones del siglo XX. Este es el panorama del presente siglo si le observamos desde el ángulo de las relaciones entre padre e hijo: el tránsito entre un padre odiado a uno de-

cepcionado. En vez de gestar un hijo libre, autónomo y emprendedor, este padre liberal y respetuoso, que ha hecho todo lo posible por no coaccionar a su descendiente, se encuentra con un enclenque. Cuando eligió la tolerancia se encontró con un sucesor que no sabía hacer nada si no era para imitarle o para convertirse en un crítico que no entendía ni jota sobre los hilos que mueven a los hombres.



«Elegió la tolerancia y se encontró con un sucesor que no sabía hacer nada»

## PROTAGONISTAS



WOODY ALLEN  
JAZZ EN VALLADOLID

El clarinete de Woody Allen tiene adeptos, puede que contaminados por la devoción a su ingenio genial como escritor y cineasta. Él se tiene por un aficionado disciplinado, arropado por espléndidos músicos. Sea como fuere, los entendidos afirman que no desmerecen los escenarios. Este hombre polifacético tocará con su banda, en diciembre, en el Calderón.



LA REGIÓN A DEBATE  
DÍAS DE FÚTBOL

En días en los que España avanza como una flecha a por el título europeo de fútbol, pocas protestas generaría saber que los políticos estuvieron con asuntos menores. No es momento para grandes debates, ni para anuncios de importancia. Nadie atiende, y un mensaje que no es oído es trabajo perdido. El estado de la comunidad fue debatido por las Cortes. Parece que todo fue bien.

## Yo no quiero los 400 euros

RAFAEL RUBIO ANALISTA ECONÓMICO

YO no quiero los 400 euros que el Gobierno de Rodríguez Zapatero decidió regalar a los españoles en las vísperas electorales. Creo, como el vicepresidente para asuntos económicos, Pedro Solbes, que ese gracioso regalo no va a servir para animar el consumo ni contribuir a una mejora de la situación económica. Aun más, estoy convencido de que los 5.000 millones de euros que le va a costar a las arcas del Estado tanta generosidad, podrían haberse utilizado de una forma más justa, equitativa y práctica.

Yo no estoy de acuerdo con que se baje el precio de la energía eléctrica a nadie para que todos seamos conscientes de su coste e iniciemos un consumo más responsable. Me parece más lógico, e incluso más progresista, que con esos 5.000 millones de euros que se van a repartir se hubieran mejorado las pensiones y otros subsidios a aquellos colectivos a los que más puede afectar una subida de la electricidad.

Fue, sin duda, una medida electoral y como todo lo que se hace con el único objetivo de conseguir unos votos, su justificación y puesta en práctica ha sido un modelo de improvisación. Los continuos malos datos sobre la situación económica han puesto, además, en evidencia el sinsentido de aquella medida.

Entiendo que quien decide regalar 400 euros a todo contribuyente por el hecho de serlo se resista a reconocer, muy pocos meses después, que la situación económica se ha tornado crítica porque, si lo hace se habría ganado con toda justicia los calificativos de manirroto y dilapidador. Todos, pero especialmente los gobernantes, deben tratar de no ser esclavos de sus decisiones, aunque éstas sean presuntamente generosas.

Yo no quiero los 400 euros porque no comparto esa absurda carrera contra la fiscalidad basada en el mandamiento de que «el dinero donde mejor está es en el bolsillo del contribuyente». Me parece bien un Estado que cubra, vía presupuestos, una serie de necesidades sociales básicas, aunque aborrezco por igual una mala gestión de la administración pública y un abuso del poder recaudatorio. Me da más tranquilidad un Estado que tiene superávit en sus cuentas y desconfío de los que de forma extraordinaria crean o aumentan el gravamen de un impuesto para hacer frente a una coyuntura adversa. Los impuestos extraordinarios suelen permanecer vigentes durante décadas, mientras que los regalos fiscales son efímeros. No quiero que en el futuro me pidan 800 euros por estos 400 que, en cómodos plazos, me van a regalar.